

Inmaculada Concepción de la Virgen María

Se acerca la solemnidad de Inmaculada Concepción de la Virgen María, fiesta mariana especialmente significativa para todos los franciscanos y franciscanas. San Francisco, que como recuerda Buenaventura, *“amaba con indecible afecto a la Madre del Señor Jesús”*, puso los cimientos del gran amor y entrañable afecto con que la Orden franciscana ha venerado a los largo de los siglos a la Madre del Señor, la *“Virgen hecha Iglesia”*.

Sin duda alguna, una de las páginas memorables de la historia de este amor y afecto de los franciscanos hacia la Madre de Dios la escribió el beato Juan Duns Scoto, escocés de nacimiento y fallecido en el convento de Colonia (Alemania), apasionado defensor ante los maestros de la Universidad de París del privilegio de la inmaculada concepción de la Virgen María.

Es durante la tercera estancia de Duns Escoto en París (1304-1307) que debemos de situar la famosa disputa sobre la Inmaculada Concepción, que se prolongaría a lo largo de varios siglos. La cuestión era ésta: si la Madre de Dios tuvo el pecado original y luego fue purificada del mismo, o si fue desde el principio pura y sin mancha, es decir, *“concebida inmaculada”*. La corriente general (con San Bernardo, Santo Tomás y San Buenaventura) decía que fue purificada del pecado original después de haberlo contraído; Duns Escoto era heredero de una larga tradición inglesa que defendía la Inmaculada Concepción.

Dos preciosos manuscritos nos han transmitido el relato que Landulfo Caracciolo, insigne alumno de Duns Escoto, realizó sobre la apasionada disputa parisina. Posteriormente, a lo largo de los siglos, ésta se fue enriqueciendo con nuevos elementos. Entre estos se encuentra uno especialmente hermoso que no podemos probar históricamente, pero que nos dice el verdadero motivo que impulsaba a Duns Scoto a defender este privilegio de la Virgen. Se cuenta que un día, de camino hacia la Universidad, Duns Escoto encontró una estatua de la Virgen en una pequeña capillita y que rezó ante ella de esta manera: *“Te alabaré, oh Virgen santa; dame valor contra tus enemigos”*. La leyenda añade que la Virgen, ante la súplica de su hijo, se inclinó para darle ánimo. Se cuenta además que, ya metido en la disputa, Escoto escuchó doscientos argumentos contra la doctrina de la Inmaculada, argumentos que él repitió de memoria y en el mismo orden en que se habían aducido, refutando con maestría todas las objeciones expuestas, y que los adversarios se convencieron.

En la Basílica de San Francisco de Asís la Inmaculada se celebra con especial solemnidad, con una novena de preparación y con el canto de un *“Tota pulchra”* diverso al final de cada día de la misma, compuesto por alguno de los principales maestros franciscanos. Además, la bella estatua de la Inmaculada que se venera en la Basílica (imagen), de finales del s. XVI, es la misma ante la cual san José de Cupertino, orando, experimentaba profundos éxtasis, elevándose varios metros por encima del suelo, ante la admiración de los frailes y de los fieles presentes.

“Benedicta sit sancta Immacolata Conceptio Beatæ Virginis Mariæ, Matris Dei”



Inmaculada Concepción. S. XVI.
Basílica Inferior de San Francisco. Asís.